



MISIONERA DEL DIVINO ROSTRO BEATA MARÍA PIERINA DE MICHELI

Revista trimestral de las Hermanas Hijas de la Inmaculada Concepción de Buenos Aires

Año XXVII – Nueva Serie

Autorización del Tribunal de Roma nº 201/2009 del 18/06/2009

Via Asinio Pollione, 5 – 00153 ROMA – Tel. 06.5743432



Con aprobación del Vicariato de Roma

Director responsable: Nicola Gori

Para solicitar la biografía y estampas de la Beata, así como para comunicar gracias y favores obtenidos por su intercesión, dirigirse a: Hijas de la Inmaculada Concepción de Buenos Aires – Via Asinio Pollione, 5 - 00153 Roma
Email: madreperina@gmail.com

C/C postal 82790007

C/C bancario: IBAN IT 34 F 02008 05012 000004059417
en UNICREDIT BANCA

Gráfica y maquetación: Lello Gitto - Foggia

Tipografía Ostiense – Roma - Via P. Matteucci, 106/c
Se acabó de imprimir en el mes de septiembre de 2021



MISIONERA DEL DIVINO ROSTRO

BEATA MARIA PIERINA DE MICHELI



146

JULIO/SEPTIEMBRE 2021

SUMARIO

TÚ ERES EL CRISTO
Padre Luca Di Girolamo

3

ENAMORADA DE JESÚS
Paolo Rizzo

7

FIESTA DE LA BEATA MARÍA
PIERINA DE MICHELI EN LAS
CASAS DE LA CONGREGACION

12

Cada año, desde el 2001, el día 11 de septiembre está relacionado, lamentablemente, a una tragedia de grandes proporciones: el atentado a las Torres gemelas de Nueva York. En cambio, el 11 de septiembre es un día importante para los devotos de Madre María Pierina, porque se celebra su fiesta litúrgica. La primera vez que se celebró fue el 11 de septiembre de 2010, a pocos meses de su beatificación, que se llevó a cabo el 30 de mayo de ese año, en la Basílica papal de Santa María la Mayor en Roma.

De la oración puede surgir la esperanza en un mundo mejor, y también la certeza de que el mal no tiene la última palabra. El Divino Rostro de Jesús es el remedio para nuestro tiempo, marcado no solo por el odio y la violencia, sino también por la pandemia de Covid-19 que está socavando toda la estructura social y plantea interrogantes y desafíos no fáciles de resolver. Festejar a la beata se convierte entonces en un momento importante para reafirmar la confianza en Dios, que tiene en sus manos las riendas de la historia, y para recordar a los hombres que existe una realidad que trasciende el momento presente y se lanza a la eternidad.

Cómo recordar el gran celo de la Madre por difundir la devoción al Divino Rostro, su firme voluntad para dar a conocer sus tesoros y las promesas de Jesús. Sabemos que la beata no perdía ninguna ocasión para anunciar a los hermanos que en el Divino Rostro hay una infinidad de gracias que solo esperan ser distribuidas. Le toca a cada uno de los fieles aprovecharse de ello, recurriendo con confianza a ese Rostro que está dispuesto a derramar su misericordia en la humanidad. El mérito de la Madre, además de ser apóstola del Divino Rostro, es el de haber sembrado confianza en el mundo al indicar que, en todo tiempo, pero sobre todo en el nuestro, no estamos abandonados y solos, sino que la mirada de Dios está sobre nosotros.

Por tanto, invocar la intercesión de la Madre María Pierina es una ocasión para encomendarnos al Señor y una invitación a la esperanza, para que nadie se sienta solo, sino inmerso en un circuito de amor que se funda en la Comunión de los santos.

La redacción



TÚ ERES EL CRISTO

Publicamos la homilía del Padre Luca Di Girolamo, de la Orden de los Siervos de María, con ocasión de la fiesta litúrgica de la Beata María Pierina De Micheli, el sábado 11 de septiembre por la tarde, en la basílica de San Alejo, en el Aventino, XXIV Domingo del Tiempo Ordinario.

El día 11 de septiembre es la fiesta de la Beata María Pierina De Micheli, que este año coincide con el 24º Domingo del Tiempo Ordinario. Sin embargo, eso no nos impide recordar a nuestra hermana dejándonos guiar por el Evangelio que escucharemos, que pone al descubierto la verdadera identidad del Señor y su plan de salvación. Nuestra Madre Pierina fijó el corazón, la mirada y la mente en dicha identidad. Detengámonos unos momentos para pedir perdón al Señor por nuestros pecados y confiarnos a la intercesión de nuestra hermana beata.



La lectura del evangelista Marcos que hemos escuchado nos relata un viaje de Jesús con sus discípulos. Durante este viaje Él hace dos preguntas concretas a sus discípulos, una general y otra particular. Las dos se refieren a un único tema: su identidad. ¿Quién es este Jesús de Nazaret que vive y pertenece a un pueblo y a una nación?

Una pregunta general que se dirige, sobre todo, para escuchar lo que dice la gente, que da respuestas diferentes. Después hace la misma pregunta a los discípulos: «Y USTEDES, ¿QUIÉN DICEN QUE SOY YO?». Esta pregunta central necesita una respuesta firme y es la que ofrece Pedro —en nombre de la Iglesia—, y que es esquemática y densa: «TÚ ERES EL CRISTO». Respuesta exacta, podríamos decir, pero no basta. Se trata del gran reconocimiento que Pedro ha manifestado en relación a Jesús. Este recono-





cimiento, hecho con palabras, Madre Pierina lo confirmó no solo con palabras sino meditando y amando toda la vida de Jesús, escuchando la Palabra, acercándose a la comunión y haciendo obras de caridad. Madre Pierina no solo sabe quién es Jesús, sino que lo ama profundamente, y eso lo prueba el famoso episodio de la adoración del Viernes Santo, cuando le dio un beso intenso a Cristo en el crucifijo. Un gesto que suscitó la fuerte reacción de la madre, que la reprendió.

Es el Jesús del Divino Rostro, es decir, el Rostro de Jesús en la Cruz. Y es el mismo Jesús que les explica a los discípulos toda su vida, todo lo que le espera: el proceso, la muerte y la resurrección. Es el proyecto y la misión que el Padre ha establecido para Él: llevar la salvación a toda la humanidad. Una salvación que comporta la muerte, la entrega total

de sí, y es una entrega que nosotros renovamos cada vez que participamos en la Misa: tomen y coman, tomen y beban. Ese es el darse continuo de Jesús, que nos hace entender por qué la Misa es importante.

El don que Jesús hace de sí permanece como un acontecimiento doloroso frente al cual Él no se echa atrás, no huye de aquello que le espera. Pero san Pedro no quiere aceptar todo este programa y Jesús lo amonesta, porque, podríamos decir, es una forma parcial de pensar en Dios. El Señor no solo nos da la vida, sino que a veces nos hace atravesar dificultades para hacernos madurar. No podemos aceptar solamente el lado más consolador y gozoso del Señor, hay que acogerlo todo: la cruz y las dificultades, del mismo modo como le agradecemos cuando recibimos sus dones.

El cristiano, todo cristiano, debería ser el hombre del equilibrio en cuanto que está animado por la fe, y Madre Pierina es un ejemplo singular. Fijando el corazón y la mente en el Divino Rostro del Señor, confiando en Él, pudo salir victoriosa de

la confrontación con el Maligno, que con violencia le proponía otros caminos fáciles. La vida de Madre Pierina se diferencia de la actitud de Pedro, porque en los casos en que el apóstol huye Madre Pierina está presente. Rechazar el sufrimiento y la cruz, elegir, en cambio, solo y únicamente la gloria, es decir, el aspecto más atrayente y gozoso, como hace Pedro, significa acoger la mitad del mensaje, además de deformar lo que es la realidad de la salvación. Pero, ¿salvación de qué? De todo lo que hace pobre al hombre y no lo plenifica, sino que lo deja en la debilidad. La cruz y la resurrección están precisamente para esto, y no se pueden poner obstáculos como hace Pedro. En un texto que nos dejó nuestra beata, escribía: «La meditación de la Pasión me ha hecho sentir la necesidad de abrazarme a la cruz de Jesús y compartir sus penas. ¡No quiero dejarlo solo!». Para nosotros, estar con Jesús como quería Madre Pierina no significa solamente decir con palabras «TÚ ERES EL CRISTO», sino con la entrega de toda nuestra vida.

Y, efectivamente, no dejar solo a Jesús significa, para nosotros, creer con todas las fuerzas que Él realiza nuestra salvación no sólo con la Resurrección, sino recogiendo aquellos fracasos y dificultades que están sintetizados en la pasión y muerte de la que Pedro no quiere oír hablar. Así, pues, tenemos en Madre Pierina un auténtico modelo de búsqueda decidida de Dios, incluso en las dificultades más fuertes de la vida. Sólo uniendo la propia existencia con la de Cristo es posible ya en esta tierra ver los frutos, y, en cierto modo, lo que nos espera en el cielo, en una relación completa y abierta entre nosotros y el Señor y con los demás hermanos/hermanas. Por ello, ser personas de Resurrección, como Madre Pierina, significa mostrar este acontecimiento en nosotros. Y hacerlo no de modo superficial y teórico, como lo describe el apóstol Santiago en la II Lectura, sino





práctico. En otra meditación, Madre Pierina es muy directa: «Vocación de amor, pero de amor práctico que se reduce a un solo término: dar, dar continuamente, dar generosamente, dar todo». Esta es la vida evangélica de la Beata Madre Pierina, beata porque ha donado, ha sido generosa en tiempos difíciles, y por este motivo – incluso si ella misma nunca lo pretendió – el Señor la ha recompensado.



ENAMORADA DE JESÚS

Sexta entrega de la biografía de la Beata María Pierina De Micheli titulada «Enamorada de Jesús», escrita por Paolo Riso. A continuación, presentamos tres capítulos.

Una casa en la Urbe

La Congregación a la que pertenece Madre Pierina De Micheli, las Hijas de la Inmaculada Concepción de Buenos Aires, fue creciendo con la entrada de nuevas vocaciones. Tuvo un Cardenal Protector — como se usaba entonces — de valor extraordinario: Mons. Eugenio Pacelli, que había sido Nuncio en Berlín y en ese momento era Secretario de Estado, conocido en todo el mundo. De él recibe luz y estímulo para mirar a Jesús a cada instante, y crecer en santidad y alegría, solo por Él.

La Madre General en funciones, Hna. María Filomena Bragonzi, con la confianza puesta en Dios, impulsa los trabajos de construcción de la nueva casa en Roma, realizando así el deseo de la Madre General anterior, Hna. Stanislaa, de erigir una sede de la Congregación en la Ciudad Eterna.

La casa será erigida siguiendo el proyecto de Mons. Spirito Maria Chiappetta, que trabajaba como ingeniero y como colaborador del Card. Pacelli y de Mons. Tardini.

Este valioso empleado del Papa Pío XI era muy amigo de la congregación. También algunos padres jesuitas, como el Padre Giuseppe Marini, ofrecen su consejo y apoyo para este proyecto.

A la Madre Pierina la llamaban con frecuencia a Roma para ayudar a la Madre General. Partía de Milán incluso con 39 de fiebre, eran las habituales fiebres repentinas y causadas por sus «malestares», inexplicables para quienes la rodeaban. Era tan alegre y risueña —la alegría le viene solo de Jesús, de su bellissimo Rostro, del cual está perdidamente





enamorada—, que podía mantener alegre a la Madre Filomena en todas las dificultades.

Ella no tenía respiro por la vida que llevaba, con sacrificio, entre la casa de Milán y la de Roma. De hecho, muy cansada, escribía: *«Los días pasan en una actividad que me agota en todos los sentidos... Si no tuviera la noche para recuperarme ante el Sagrario, no podría resistir»*. *«Es una vida que me pesa, porque estoy continuamente vagabundeando, aún más porque la Madre no está en casa un momento»*.

Por amor a Jesús, tiene más que nunca una gran sed de almas. También en Roma es una apóstola infatigable. Un día, encontró a un barrendero y le recomendó que fuera a confesarse y a recibir la comunión por ser la celebración de la Pascua. Él le respondió que su Primera Comunión había sido la última. Al decir eso, los ojos se le llenaron de lágrimas y le confió que el año anterior había ido a confesarse, pero como el sacerdote lo había tratado duramente, salió de la iglesia sin haber recibido la absolución.

Madre Pierina se dio cuenta de que se trataba de un pobre desdichado: *«En el fondo, es un alma que desea encontrar al Jesús de su Primera Comunión. Yo no quiero que se pierda, lo quiero en el Paraíso... Que almas así puedan encontrar siempre en el corazón del sacerdote, el corazón que es toda caridad, el mismo Corazón de Jesús, que atraiga al rebaño las ovejas perdidas»*. Reza, se sacrifica, trabaja por la salvación de las almas.

Aunque viajaba y se quedaba en Roma con frecuencia, Madre Pierina seguía guiando con mano dulce y segura a las hermanas que estaban en Milán.

«Mis queridísimas hijas —les escribe el 27 de noviembre de 1938—, la Madre General está bien y las recuerda con gran afecto. La construcción avanza velozmente, en artística y elegante belleza, como si dijese a las Hijas de la Inmaculada: ¡Adelante en la perfección, alaben y glorifiquen al Señor! Nosotros lo glorificaremos en lo escondido de la vida ordinaria, en la perfección de las pequeñas cosas, pero grandes de amor, en el sacrificio generoso de nosotras mismas a la Voluntad de Dios... Atraeremos la mirada del Rostro de Jesús, penetraremos en su Corazón y haremos triunfar sobre toda la tierra su Reino eu-

*carístico de amor y de paz...
Cuanto hagamos por amor
a Dios, permanece para la
eternidad. Que estén bien,
santamente alegres, como
debe ser una esposa de Jesús».*

Siempre, como cada uno puede ver, con un equilibrio singular, recta y maternal.

«Será Pío XII»

Una mañana, bajando la escalinata de la iglesia de San Sabas para regresar a la casa de Vía Annia Faustina, en Roma, Madre Pierina se cayó y no consiguió levantarse. De repente vio a su lado a una jovencita que la levantó ofreciéndole el brazo y la acompañó hasta su domicilio. La Madre Filomena, abriendo la puerta, vio a la Madre Pierina muy fatigada, que se sostenía gracias a la simpática compañera. Le agradece, y cuando está por invitarla a entrar, esta desapareció.

¿Quién era? ¿Tal vez santa Teresa del Niño Jesús, que otras veces la ha protegido? Madre Pierina, emocionada por lo que le ha sucedido, le estará siempre agradecida. Se deja cuidar, pero a la pierna dislocada en la caída le cuesta curarse. Tuvo que quedarse en Roma más de lo normal, y cuando regresó a Milán se vio obligada, por un tiempo, a sostenerse con una muleta. No es solo el

dolor de la pierna lo que le hace sufrir, sino también que le sobrevienen de improviso numerosos males, tantos que las hermanas no saben explicárselo.

«¿Cómo es posible, Madre —le pregunta una hermana de Milán—, que ayer por la tarde estaba radiante de salud y esta mañana parece un cadáver? ¿Qué le ha pasado?». La interpelada sonríe y se va, sin responder. La Madre General comenta: «Recuerden que Madre Pierina tiene siete espíritus». Solo se va a la cama cuando ya no puede sostenerse.

Su vida está llena de mortificaciones. Se propuso no comer fruta para tener algo más que ofrecer a Jesús. Es una contribución por la santificación de los sacerdotes, por la salvación de las almas. La Madre General, alguna vez, desea probar su obediencia y le ofrece la fruta. Madre Pierina obedece, pero muy pronto su estómago lo rechaza: «Jesús —explica— cambia el consuelo en sufrimiento. Estoy contenta porque soy tan golosa que me dejaría llevar».

Jesús le concedió poder leer las almas, conocer el futuro. Un día de noviembre de 1938, una hermana que la encontró le preguntó por qué estaba tan triste. La Madre respondió: «La Hermana... dejó nuestro Instituto... Si yo hubiera estado... ¿Se dejó vencer por el demonio!». «¿Quién se lo dijo, Madre?», preguntó la hermana. Y Madre Pierina le dijo: «Recibí la noticia segura esta mañana, en la Santa Comunión».

Se echa a llorar por la «deserción» de la hermana: «¿Quién sabe cuánto dolor le causará cuando lo sepa la Madre General!». No es la única vez que, al preguntarle cómo hace



para saber ciertas cosas, deja escapar: «Me lo dijo Jesús, esta mañana, en la Comunión». Las otras hermanas ya saben que ella tiene una relación totalmente singular con Jesús, que le habla como un esposo habla a su esposa fiel.

El 10 de febrero de 1939 murió repentinamente el Papa Pío XI. Pierina estaba en la cama, pues no se sentía bien. Una hermana entra en su habitación para ayudarle en lo que sea necesario. La Madre le pregunta. «¿Sabe quién será el nuevo Papa? ¿Dalla Costa? ¿Schuster?».

«No, será nuestro Cardenal Protector Eugenio Pacelli. Y se llamará Pío XII».

«¿Cómo es que lo dice con tanta seguridad?».

Y ella respondió: «Lo vi esta noche en el huerto de los

olivos y un ángel hizo que se ponga la sotana blanca, diciéndole: “Te llamarás Pío”».

El 2 de marzo de 1939 toda la comunidad de Milán se reunió alrededor de la radio para escuchar el nombre del nuevo Papa. Muchas hermanas esperaban la confirmación de la profecía de Madre Pierina. El Cardenal Protodiácono, desde la logia de San Pedro, anunció:

«Habemus Papam! Eminentissimum ac reverendissimum dominum Eugenium, Sanctae Romanae Ecclesiae Cardinalem Pacelli, qui sibi nomen imposuit Pium XII».

Era justamente él: Eugenio Pacelli, sí, Pío XII. Las hermanas miraron a Madre Pierina, complacidas por la elección de «nuestro Cardenal» que será el «Pastor Angelicus», y por la profecía que se había cumplido.

Más tarde, Madre Pierina narrará personalmente a Pío XII «la visión» que había tenido, y fue durante una audiencia privada junto con la Madre General. La relación filial de Madre Pierina hacia Pío XII será muy intensa.

En Roma

La casa de Roma, en el Aventino, ahora ya está casi lista: bonita, elegante, moderna. Será un lugar de encuentro con Jesús para



todas: hermanas, alumnas y quienquiera que venga allí a buscar al Señor. La Superiora General llama a las tres primeras hermanas, que estaban en Milán, para ordenar los locales. ¿Quién será la Superiora de la casa romana?

En septiembre de 1939, la «General» nombra a la Madre Pierina Superiora de la casa de Roma y Delegada Regional para las casas de la Congregación en Italia. Las hermanas de Milán se sienten honradas por la promoción de su Madre, pero sufren. Con sencillez les explicará a estas hermanas: «La santidad está en cumplir totalmente la voluntad de Dios, aceptada con amor. Así, pues, aceptemos todo acontecimiento, toda prueba, todo sacrificio de la misma forma que recibimos la Hostia santa en la Comunión: se olvidan las especies y se concentra todo el amor y la adoración en Jesús presente en nosotros para santificarnos... Acojamos esta “Hostia” de la Providencia con atención y con respeto».

El 9 de octubre de 1939, por la noche, la Madre Pierina, ahora Superiora para Italia, emprende el viaje hacia Roma, acompañada por una joven religiosa. Durante el viaje reza, pero a menudo habla con la hermana que está a su lado, mostrándole desde

el tren las ciudades y pueblos, tratando de hacer más fácil el viaje. No pudo esconder el dolor de su alma: «Hija mía — le dice — sufro mucho al dejar Milán, a mis hermanas de comunidad. Voy adónde el Señor me conduce». Está preocupada por lo «nuevo» que le espera, y porque aún no sabe quién será su nuevo guía espiritual. Mientras tanto, percibe que Jesús le dice: «No temas, estoy Yo para guiarte».

Las hermanas de Roma la acogen con una gran fiesta. Aprovechando que en casa quedan aún muchos trabajos por acabar, lleva a las hermanas a visitar las catacumbas, las basílicas, los monumentos de la Urbe, reforzando así su fe al ir conociendo la historia gloriosa de la Iglesia. Los domingos acompaña a sus «Hijas» a la Misa y la oración de Vísperas en la iglesia de San Anselmo, de los Benedictinos, en el Aventino. Lo animan con el canto gregoriano que decenas de jóvenes monjes, enamorados de Dios, después de haber dejado amor y riqueza, elevan en la adoración y la alabanza al único Amor de la vida.

«Las hermanas notan su constante actitud sencilla y recogida. Después de haber participado en el Santo Sacrificio de la Misa, entregándose con Jesús en el altar, se une íntimamente con Él en la Santa Comunión. Son momentos de Cielo, durante los cuales olvida con frecuencia que está aún en la tierra».

Con corazón de madre, al acercarse la Navidad de 1939 — una Navidad de guerra para la pobre Europa, con la invasión de los alemanes en Polonia — prepara un pequeño regalo para sus hermanas de Milán y de Roma, acompañado por unos versos en los que expresaba sus mejores deseos.

En la Misa de medianoche, en la capilla de la casa, se elevan a Dios cantos muy bellos. Estando en la mesa, le preguntan: «Madre, ¿le gustaron los cantos?». Responde, un poco confundida: «En realidad, me he distraído». Se trataba sólo de una modestísima excusa para ocultar que su unión con Jesús había sido tan intensa que para ella no existía otra cosa: «Pero no teman: en el Cielo también yo cantaré las alabanzas junto con los Ángeles».

En ese tiempo la Madre General viaja nuevamente a Argentina. También en Roma Jesús sigue revelándose a la Madre Pierina: «Quiero que mi Divino Rostro sean honrado de modo particular el martes». La Madre les pide a las «Hijas» que hagan cada martes una visita al Santísimo Sacramento en reparación por las ofensas que Jesús ha recibido durante su Pasión y cada día recibe la Eucaristía. Ella dedica toda la jornada a la adoración eucarística y a la oración.

Jesús la prepara cada vez más para su misión.



FIESTA DE LA BEATA MARÍA PIERINA DE MICHELI EN LAS CASAS DE LA CONGREGACIÓN ARGENTINA



FIESTA DE LA BEATA MARÍA PIERINA DE MICHELI EN LAS CASAS DE LA CONGREGACIÓN INDIA



FIESTA DE LA BEATA MARÍA PIERINA DE MICHELI EN LAS CASAS DE LA CONGREGACIÓN MILÁN



FIESTA DE LA BEATA MARÍA PIERINA DE MICHELI EN LAS CASAS DE LA CONGREGACIÓN CENTONARA D'ARTÒ



ישׁוֹעַ בְּרִצְבַּי הַנַּזְרֵתִי מֶלֶךְ הַיְהוּדִים
IHSOVS NAZAROTZ RABBI VEI JOYANNES
IHSVS NAZARENVS REX IVDÆORVM

